

LIBROS

La historia de los Ventura

Casa de campo (1), del novelista chileno José Donoso, podría ejemplificar un cierto cambio de actitud en determinada novela latinoamericana contemporánea. En 1972, el propio Donoso escribió un breve texto informal bajo el título general de **Historia personal del "boom"**, en el cual se aclaraban puntos referentes a dicho fenómeno literario. No es casualidad que Julio Cortázar sea citado en ese libro 24 veces; Carlos Fuentes, 48 (Cecilia Fuentes, una); García Márquez, 16 veces, y Mario Vargas Llosa, 23. Ellos eran el "cogollito" del "boom". La acusación de mafia fue esgrimida por muchos y repetidamente —como un tableteo de metralleta— utilizada por críticos como José Blanco-Amor. Acabada la explosión del "boom" en la década del 60 al 70, muchos de los novelistas que formaban el equipo de caballos colocados —e incluso ganadores— determinaron escribir novelas menos importantes en su producción literaria, **novelas de verano**, como las llama Carlos Fuentes. Los novelistas, pues, descansaban, escribiendo obras menos ambiciosas. García Márquez publicó **El otoño del patriarca**; Carpentier, **El recurso del método**; Vargas Llosa, **Pantaleón... y La tía Julia y el escribidor**; Cortázar, **Libro de Manuel**, y Carlos Fuentes, cuya producción literaria tampoco es juzgada con la lucidez y justicia suficientes, se entretuvo en **Cumpleaños** y el libro de teatro **El tuerto es rey**, aunque después —y como excepción— él mismo haya iniciado ese **cambio de actitud**, esa nueva involución y recuperación de un tiempo dormido, con la publicación de la inmensa novela **Terra nostra**.

En esa misma línea menor, Donoso, tras el esfuerzo descomunal de **El obscuro pájaro de la noche**, que gozó también de

las injustas inclemencias de la tribu crítica, nos entregó **Tres novellitas burguesas**, representante, pues, de esa producción menor y reposada de la novelística latinoamericana, obra que alentaba aún los ecos del "boom" apagado ya.

Pero, tras esa **novela de verano**, José Donoso acaba de publicar **Casa de campo**, una insólita aventura cuya experiencia, radical y rabiamente literaria, descansa en la fantasía y en la imaginación que se desborda por las páginas de esta novela hasta alcanzar —y confundirse con él— un inmenso bosque de gramíneas que rodea y separa la **Casa de campo** de los Ventura y que aparece en el relato como una de las primeras obsesiones del novelista. Este personaje botánico, las gramíneas, es —en efecto— uno de los protagonistas principales de **Casa de**



José Donoso.

campo. Es quien somete a esclava soledad a los personajes humanos y quien, simultáneamente, los mantiene a salvo de los antropófagos (¿son los robachicos de México, los chupasangres de nuestra propia infancia?, leyenda infantil de creación madura y remota, transmitida de generación en generación por el desmedido y racial sentimiento de clase de los Ventura, familia de amos geográficos del lugar **sin límites** en el que se sitúa **Casa de campo**).

La novela es, en definitiva, un día en la vida de los Ventura, un día extraordinario en el que la imaginación de Donoso se alía conscientemente con los **niños Ventura** para cometer una serie de tropelías que son actos de libertad absolutamente inéditos

para ellos, ante la no menos insólita ausencia de los **padres Ventura**. Gracias a ello, sembrada de simbolismos invertidos, de sugerencias y resonancias tímidamente ideológicas, de mecanismos cuya interpretación y traducción es siempre múltiple, **Casa de campo** constituye también un insólito hallazgo en la narrativa de lengua española, en la medida en que, a pesar de moverse dentro de un lenguaje literario cuyo oficio es evidente en cada párrafo, no es ni se parece en nada a lo que normalmente entendemos por novela española y hemos concebido como novela latinoamericana. Y aquí también hay que hacer hincapié en la observación nada tajante de cierto cambio de actitud: Donoso sufre en **Casa de campo** una especie de **distanciamiento** de lo que los críticos al uso configuran (y conmemoran) como realidad del entorno, para enroscarse en otros campos y otros temas, otro argumento y otro tratamiento narrativo en el que subyace con claridad meridiana una influencia anglosajona, posiblemente consciente. Con lo que aquel alejamiento también lo sería.

Otra característica que avala nuestra afirmación, esa especie de bosque de gramíneas que el autor ha puesto entre el pasado de la aventura colectiva del "boom" y el actual desnudo individual que representa hoy, también para el autor, la aventura narrativa, está anclada en la escala de valores que José Donoso utiliza en **Casa de campo**. Su anterior producción narrativa (**Coronación**, **Este domingo**, **El obscuro pájaro de la noche**, sobre todo) se amparaba básicamente en el regusto macabro por los juguetes rotos, las marionetas y los personajes que desembocaban en monstruos miserables, el hundimiento de las estirpes, el desencanto de las estéticas y el quebranto de valores que terminaban en la nada y el absurdo tras los que siempre el lector palpaba la figura deformada de los monstruos que trabajaban la acción y la relación de la obra. **Casa de campo** se mueve bajo otros hilos, juega con la belleza botánica, animal y humana; se entretiene en la lenta y detenida

descripción de deseos, instrumentos, lugares, gestos, rostros, acciones, en los que está siempre presente una teleología distinta a la de sus obras anteriores: la belleza, el simbolismo repetitivo de la estética reclamando una nueva concepción de la literatura narrativa, intentando un nuevo esqueleto altivo y completo del discurso literario que induzca, en definitiva, a una nueva interpretación de la novela, siempre al borde oscuro de la muerte. Y esto es lo realmente imprevisible en José Donoso, cuyo silencio a lo largo de todos estos años le han llevado a él mismo (**Casa de campo** es un ejemplo evidente) a esa nueva concepción del oficio de escribir, del oficio solitario del novelista creador, maniático, histérico y paranoico: esquizoide, al fin y al cabo, que a veces escapa de la inaguantable tentación de la mutilación de sus muñecos para escarbar en la belleza cruel y sádica que se esconde en la infancia, aún no maleada por la locura social o por la conveniencia familiar. Como el novelista, como Donoso, al margen de halagos y famas sociales. En la soledad de su soledad, envuelto en las mantas de la obsesión creativa.

■ J. J. ARMAS MARCELO.

Siempre habrá nunca

El último libro de Javier Marías, **El monarca del tiempo** (1), puede prestarse a la estéril disputa de averiguar su "género". Voy a dejar de lado esta discusión,

(1) Javier Marías, **El monarca del tiempo**. Alfaguara, 1178.

Javier Marías.



(1) **Casa de campo**, de José Donoso, 498 páginas. Editorial Seix Barral. Barcelona, 1976.